



La Iglesia nos pone hoy de relieve la figura del Crucificado, del que hacen burla las autoridades, los soldados romanos, el pueblo y, en un principio, los dos ladrones condenados probablemente por atentar contra el Imperio Romano.

Con esta fiesta acaba el Año Litúrgico fijándonos en aquel que ha sido el centro de nuestras celebraciones dominicales: Jesús de Nazaret.

Este domingo quiere ser como una recapitulación del mensaje cristiano, pues se nos vuelve a repetir la exhortación del Viernes Santo: ***“Mirad el árbol de la cruz, en que estuvo clavada la salvación del mundo”.***

La cruz preside solemnemente este día la celebración eucarística.

No fue así durante los tres primeros siglos de la Iglesia.

Los primeros cristianos representaban a Jesús con la imagen del Buen Pastor o sencillamente un pez. El advenimiento de Constantino como emperador romano, con el apoyo de los cristianos, acabó con las persecuciones y abrió una nueva Era de libertad

para ellos. El slogan alusivo a la cruz, que circuló entre las tropas, **“con este signo vencerás”**, será en adelante la señal el cristiano.

Los textos de la liturgia se desarrollan en dos vertientes: por un lado, el aparente fracaso de Jesús insultado y vejado por los verdugos, que refleja San Lucas, y por otro, el Cristo triunfal de la Carta a los Colosenses.



Jesús comienza su vida pública con el anuncio del Reinado de Dios que empieza a **“macer”** en todos aquellos que aceptan la Palabra, la meditan en su corazón y la plasman en frutos de buenas obras.

El centro del reinado de Dios, que comienza con el estallido de una fiesta en Caná de Galilea cuando Jesús convierte el agua en vino, marca el proceso continuo que se consumará en

Jerusalén. Por el camino se hace palpable la sensibilidad de Jesús por todos los que han sido excluidos o marginados por la sociedad de su tiempo. Serán ellos los primeros súbditos de ese Reino: cojos, ciegos, leprosos, sordos, viudas y niños.

Todo un ejército sin armas y con una única bandera: el **AMOR**.

Para acceder a esta **“ciudadanía”** sólo se necesita como bagaje aceptar la primacía de Dios y considerar a todos como hermanos en igualdad de condiciones. Y si algo debe prevalecer es el servicio humilde y desinteresado.

La conversión de la mente y del corazón son imprescindibles para alimentar el reinado de Dios, que tiene a Jesús como suprema garantía.

Es normal que los poderes fácticos del mundo quisieran deshacerse de Jesús dado que asentaban su bonanza económica sobre la explotación de los pobres y la esclavitud física. Seguro que se sintieron molestos con estas palabras:

“Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen. No será así entre vosotros; al contrario, el que quiera subir, sea servidor vuestro y el que quiera ser primero sea esclavo vuestro. Al igual que el Hijo el Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos” (Mt 20, 25-29).

Jesús se negó siempre a ser proclamado Rey. Lo intentó la multitud después de la multiplicación de los panes y los peces.

Quizás los Apóstoles aspiraban a ocupar puestos importantes en el Reino Mesianico de Cristo.

Así lo da a entender los Hechos de los Apóstoles. Pero la llegada del Espíritu desechó definitivamente cualquiera de sus aspiraciones temporales. Comprendieron entonces la misión a la que habían sido llamados, que nos es otra que la misma misión de Jesús.

Ostentar el poder, adueñarse del dinero y buscar la gloria entra en el capítulo de las acciones humanas y suponen una perenne tentación para medrar a costa de los demás y salvaguardar sus intereses. El cristiano debe tener como punto de referencia servir y no aprovecharse de coyunturas favorables que hieren los intereses del prójimo.

Hay dos momentos en los que Jesús acepta ser proclamado rey: el primero, en su entrada triunfal en Jerusalén sobre un borrico (montura de los pobres) y con el séquito de un gentío enfervorizado, y el segundo en su comparecencia ante Pilatos en el pretorio. En ambos lugares deja claro que su reinado no es de este mundo.



La única manera que tenían los escribas, fariseos y principales del pueblo de deshacerse de Jesús era amotinando a la plebe o acusándole de proclamarse rey, lo cual implicaba condena por sedición. Lo lograron por pasividad del procurador romano que, como tantas veces ocurre en los juicios humanos, se lavó las manos para condenar al justo.

Pero la sabiduría de Dios resplandece a través de los medios más insospechados.

La cruz que era la maldición de los sacrificados como proscritos, esclavos y enemigos del pueblo, se convierte en árbol de vida y de libertad.

¿Qué habría ocurrido si Jesús hubiera bajado de la cruz a reafirmar su poder, como le pedían con sorna los enemigos presentes en el Calvario?

Dostoievski se plantea esta posibilidad en su famosa novela “Los hermanos Karamazov” y dice:

“No bajaste de la cruz, porque no quisiste hacer esclavos a los hombres por medio de un milagro. Tenías sed de amor voluntario, no de encanto servil ante el poder”.

Gracias a esta disposición de la Providencia amorosa de Dios, los más pobres de la tierra: los desterrados, los que sufren, los desfigurados por la enfermedad o el martirio, los humillados y perseguidos, los desamparados... pueden mirar al Crucificado como uno de los suyos.

La muerte de Jesús en la cruz da sentido al sufrimiento humano y, al mismo tiempo abre un portal infinito a la esperanza, pues ***“si con El sufrimos, reinaremos con El” “en un Reino eterno y universal: el reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y de la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz”*** (Prefacio de la Eucaristía de hoy).

La inscripción colocada en lo alto del patíbulo: ***“Jesús nazareno, rey de los judíos”*** destaca la humildad del Reino, cuyo trono es la cruz y cuya corona está labrada con espinas.

El buen ladrón supo ver desde los ojos del corazón y de la fe la dimensión de ese reino, y se acoge a la misericordia de Jesús agonizante. ***“Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”*** (Lc.23, 42).

También lo han sabido ver los millares de mártires de la Guerra Civil que derramaron su sangre por Jesús y le confesaron delante de sus verdugos con un:

¡Viva Cristo Rey!

Leí recientemente la biografía de Carlos de Habsburgo, emperador de Austria y rey de Hungría, a quien tocó gobernar a su pueblo en unas circunstancias trágicas de la historia de Europa durante la I Guerra Mundial.

Sobrecogido por la crueldad de la contienda, decía tras visitar los campos de batalla: ***“Ningún hombre puede responder de esto ante Dios. Yo pongo punto final lo antes posible”***.

Trató inútilmente de convencer a los países beligerantes para que concertaran la paz. Fracásó en su intento. Austria-Hungría perdió la guerra y él, con su esposa y sus hijos, fueron deportados a la isla de Madeira por las potencias vencedoras.

Anatole France, socialista radical francés, decía: ***“Fue el único hombre decente surgido durante la guerra en un puesto directo; pero no se le escuchó.***

Deseó sinceramente la paz, y por eso fue despreciado por todo el mundo. Se perdió una ocasión estupenda”.

Años después, en 1.922, fallecía en Funchal, viviendo pobremente y sin haber alimentado rencor alguno.

Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II en Roma el 3 de Octubre de 2.004.

Testimonios como estos son un canto a la libertad de espíritu y una tácita condena al mal proceder de los insensatos.



La primera lectura del 2 libro de Samuel nos recuerda cómo el rey David (s.XI antes de Jesucristo) logró aglutinar en Hebrón, capital del reino, a todas las tribus de Israel, primero en Hebrón y años más tarde en Jerusalén.

Inauguró así un tiempo de esplendor y de paz.

Las tribus (sal.121) acuden con alegría a la Jerusalén terrena para homenajear a su rey y adorar a Dios.

Esto es un anticipo de la nueva Jerusalén, la Jerusalén Celestial donde todos, no sólo las tribus, tienen cabida y donde quedan disipadas para siempre las tinieblas del pecado.

El “Hijo querido”, “imagen del Dios invisible”, primogénito de toda criatura”, “cabeza del cuerpo de la Iglesia” y “primero en todo, en terminologías de San Pablo, se ha establecido como rey universal por la sangre de su cruz (Col.1,12-20) y convertido en árbitro de las naciones (Mt 25,31 ss).

Cuando venga en su gloria lleno de majestad seremos juzgados por el amor que hayamos irradiado antes de entrar en su reino glorioso.

Al rezar el Padrenuestro pidamos con fervor la llegada de su Reino en nosotros y en todos los hombres. Un día estaremos en el Paraíso prometido al buen ladrón si creemos en El.